

EL HERALDO DE VEQUETA

nº 1 Director: Eduardo Reguera PERIÓDICO CULTURAL DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA LUNES, 6 DE ABRIL DE 2020

“Más perdido que el Zuleika”



Fotografía: FEDAC

En la tarde del 7 de octubre de 1920, una espesa e inusual niebla se había apoderado de la bahía de Las Palmas de Gran Canaria. El vapor inglés Zuleika, de 3.620 toneladas brutas, avanzaba en dirección al Puerto a los mandos del capitán Ramsey. La escasa visibilidad hizo que se aproximara demasiado a la costa y acabó encallando junto a la desembocadura del barranco Guiniguada. A la bengala de auxilio acudió un remolcador que se encontraba en las proximidades, pero todo esfuerzo por rescatarlo fue inútil. Varias vías de agua inundaron la sala de máquinas y sus bodegas, que contenían cincuenta toneladas de carne de novillo. A primeros de noviembre un fuerte mar de leva lo condenó a muerte, arrastrándolo hasta la playa. Sus restos permanecieron en la costa mucho tiempo, y la gente de la capital, cuando alguien no atinaba en algo, decía: “¡Estás más perdido que el Zuleika!”.

Carta del director



Tienes en tus manos un nuevo número de *El Heraldo de Vegueta*, con un diseño mejorado y ampliado a cuatro páginas. Su publicación no hubiera sido posible sin la colaboración y la ilusión de todos los que firman. A todos ellos, muchas gracias.

Invito a los lectores que tengan inquietudes artísticas, en cualquier disciplina, a compartir su trabajo en este periódico.

Ahora le dejo disfrutar de lo que hemos preparado. Yo vuelvo a mi escritorio con un nuevo reto, preparar el siguiente número.

Eduardo Reguera



El tintero

Esta silla

Desde el accidente vivo anclada a esta silla. La vida es otra. Ya no soy quien era. Vivir se ha convertido en un ejercicio diario de superaciones, una tras otra sin parar. Soy dependiente de los demás. Me agota. A veces abandono, me dejo caer en el suelo, sobre el charco de mis propios orines y lágrimas. Solo funciona mi brazo izquierdo, y cuando digo brazo, digo solo el brazo. Perdí la mano también. Todos me apoyaron, me regalaron, me pasearon... Mi novio me visitaba en el hospital. Después venía a casa, pero se dilataron sus visitas... pequeñas excusas... Al cabo, yo misma le pedí que no volviera más. Le amaba, sí, pero yo era otra, la anterior murió en el accidente. Así lo fui asumiendo.

En un paseo por el parque, empujada por mi madre, como no, nos deteníamos ante el mismo banco cada tarde. Ella se sentaba. Me leía la prensa, otras veces, alguna carta. También, algunas líneas de una novela hermosa. Sacaba de su bolso un termo pequeño y compartíamos un café con leche. Una de esas tardes, un joven se levantó del banco al vernos llegar, leía un libro.

- Espero que mi presencia no le haya hecho salir despavorido... -dije con rabia-. Esto solo es una silla de ruedas y esta señora es mi madre...

- Su presencia no, señorita. Ha sido un párrafo... -contestó con voz calmada y suave.

- ¿Le importaría leerlo? Igual, también me levanto del susto... -contesté con sarcasmo.

- Como quiera... Y comenzó a leer...

Ayer, seis meses después de aquel encuentro, salió de casa. Iba a comprar

helado, helado de limón que se me antojaba por mi felicidad.

El autobús de la línea 13 lo destrozó bajo sus ruedas cuando quiso contestar su teléfono móvil. Le había llamado para que fuera de chocolate, solo chocolate...

No sé si puedo ser otra, ya he muerto dos veces...

Javier Pérez Gosálvez



ÑAM ÑAM

-Este pulpo que has preparado es una maravilla. Ha sido terminar de comerlo y empezar a crecerme tentáculos. Acércate, cariño.

-Me embadurno de aceite y voy. (Secretamente él sospecha que, cuando se haga viejo, comerá únicamente lechuga y berros, canónigos jamás)

Samuel Rodríguez Navarro

El podólogo

Mario, el podólogo del pueblo, sufría un trastorno fetichista que lo hacía coleccionar uñas femeninas dentro de una caja de zapatos. Además de liberar a sus clientas de los molestos callos y limar durezas, cortaba cuidadosamente las uñas de los pies y las guardaba como si fueran monedas de oro.

Las de las señoras adineradas eran las más codiciadas. Mario las trataba como si fueran frágiles florecitas de cristal. Estaban muy bien cuidadas y olían a jazmín. Cuando las féminas llegaban a la clínica, Mario las recibía haciendo una reverencia y les besaba con delicadeza ambas manos. Antes de comenzar su trabajo les ofrecía un té especial que, según aseguraba, se lo enviaban desde la China.

Cierto día, llegó una mujer muy alta y enjuta que presumía de ser la más rica del pueblo. Al ver la verruga en forma de coliflor que adornaba la parte superior de los labios, el podólogo no pudo evitar la mueca de desagrado. Nunca había conocido una criatura tan fea y antipática. Ella adivinó sus pensamientos y esbozó una sonrisa perversa que no pasó inadvertida para Mario. Sin dar los buenos días, la señora le espetó:

—Tengo las uñas encarnadas y unos callos que me están matando. He venido porque me han dicho que eres el mejor y mis pies son muy especia-

les. Te pagaré muy bien —le aseguró doña Úrsula mientras se dejó caer como pluma de cuervo en el sillón.

Mario asintió con la cabeza y se dispuso a desplegar el instrumental. Presintiendo que alguna sorpresa desagradable lo esperaba afilándose los dientes, se puso unos guantes especiales que usaba para limpiar el inodoro. Cuando le quitó el zapato del pie derecho, un olor nauseabundo le golpeó la membrana pituitaria y a punto estuvo de vomitar el desayuno. En treinta años de profesión jamás había visto unos pies como aquellos. Por un momento pensó decirle a la señora que se pusiera los zapatos y se largara de su despacho, sin embargo su sentido de la ética profesional lo frenó.

Unos juanetes como codos ennegrecidos sobresalían de ambos dedos gordos. Tenía callos hasta en los empeines y las uñas, amarillas y ganchudas, parecían las garras del águila imperial. Pero lo peor estaba entre los dedos: una infección fúngica severa había dejado la piel en carne viva. El hedor era tan fuerte que Mario se llevó instintivamente una mano a la nariz para proteger la integridad de su olfato. No pudo evitar las arcadas y la palidez en el rostro. Úrsula, con una sonrisa de Mona Lisa pérfida, le dijo con voz chillona:

—Los honguitos me los trata con mucha delicadeza que se pagan muy bien en los restaurantes caros. Haga usted

el favor de ponerlos, con mucho cuidado, en este tupperware.

Con los ojos desorbitados y el vómito a punto de salir disparado, Mario agarró el recipiente plástico y lo puso en el suelo. Al borde del desmayo fue limpiando meticulosamente los dedos casi putrefactos de la señora y depositando, con sumo cuidado, los hongos en el tupper. Una vez concluido el trabajo, doña Úrsula le pidió que le cortara las uñas y las metiera en una cajita color violeta que guardaba dentro de su bolso. “Estas son para los chinos que tienen la peluquería en la esquina. Con ellas fabrican un producto mágico para alisar el pelo”. Cuando la mujer se marchó, Mario corrió al cuarto de baño y, después de vomitar la comida de varios días, se metió en la ducha con la ropa puesta. Sin creerse aún lo que había sucedido, maldijo a aquella infecta criatura que dejó un olor nauseabundo en su consultorio y que lo hizo dudar de las ventajas de su profesión. Después de limpiar el instrumental, el sillón y el suelo con lejía, tiró el contenido de la cajita que guardaba en su armario. Las uñas perfumadas de sus clientas pudientes desapareció en las entrañas del inodoro.

Cansado y sudoroso, el podólogo juró que jamás volvería a coleccionar nada relacionado con los pies, aunque olieran a rosas, ni a comer champiñones. Se cogió el resto del día libre y de-

cidó cenar fuera. Como era su costumbre, entró en el restaurante de su amigo Julio. Pedía siempre el mismo menú: bistec de ternera con papas fritas, arroz blanco y ensalada de tomates. Mientras se bebía una cerveza helada, el camarero se acercó con un plato humeante. Sonriente, lo depositó sobre la mesa con un gesto que parecía una reverencia.

—Usted debe ser nuevo, joven. Aquí todos me conocen y saben lo que como —le dijo Mario contrariado.

—Sé lo que le gusta, señor. Julio me ha pedido que le traiga algo diferente. Está seguro de que le gustará. Es un nuevo plato, muy caro. Lo que pudiera llamarse una delicatessen. El olor es un poco fuerte, pero le gustará. No se preocupe usted, hoy invita la casa. Mario bajó la mirada hasta el plato y no pudo evitar las náuseas. Sobre aquella pieza de fina porcelana china, unas gambas se apretujaban en el centro, custodiadas por hongos de color marrón oscuro. El olor que despedía la comida era el mismo de los pies de doña Úrsula. El podólogo miró desconcertado hacia todas partes y palideció. Los otros comensales estaban degustando el mismo plato con sumo deleite. En una mesa cercana, una mujer alta, enjuta y con una verruga en forma de coliflor en la parte superior de los labios, alzó una copa de vino tinto y brindó a su salud.

Belkys Rodríguez Blanco

¡EL HERALDO DE VEGUETA TE BUSCA!

¿Tienes un artículo, un poema, o un relato guardado en el cajón y te gustaría publicarlo? ¡Envíanoslo!

SE BUSCAN COLABORADORES

elheraldodevegueta@outlook.com



El visor de Alberto Suárez



“En la mirada de un isleño siempre se ve la mar...”

Los recursos del maestro

Los recursos llegan al profesional del aula a través de empresas que se ocupan de sacar beneficios a sus ideas, o de la propia creatividad del maestro que experimenta sobre el terreno y luego lo comparte a sus compañeros. La fantasía del maestro es eterna, busca hacerse entender a razón de cualquier recurso por insospechado que sea, hasta lograr el objetivo, que no es otro que el niño aprenda de la forma más sencilla y con el menor esfuerzo, que no es poco.

Lo de la frase “cada maestrillo tiene su librillo” encierra toda una filosofía de cómo arreglártelas en tu aula, heredada con seguridad, al haber tenido que enfrentarse cada día con contratiempos y penurias.

En la actualidad, grandes multinacionales al servicio de la causa, se ocupan de pensar y disponer de forma que todos los recursos lleguen al aula. Antes, como ustedes comprenderán, los medios no eran tan asequibles y seguro era mucho más difícil ingeniárselas para lograr el objetivo, aunque, como ahora, a menor escala, hubiera algún pensador que buscara sacar de su razón, unos reales de vellón que le ayudaran en su economía; si no escuchan la noticia que hemos encontrado del año 1864 en un periódico local:

“Según leemos en los periódicos de la Península se halla depositado en el Ministerio de Fomento el pupitre - contador inventado por el Sr. Fernández Arrea. Parece que se trata de nombrar una comisión facultativa que examine este ingenioso procedimiento, por medio del cual se prometen muy ventajosos resultados en la enseñanza del cálculo. Los profesores que han hecho pedido al autor deben esperar a la resolución del Ministerio, pues obtenida la aprobación, podrá fijarse definitivamente sus precio. Para su debida adquisición, recomendamos dicho ingenioso procedimiento, a nuestros maestros de instrucción primaria”.

Un invento que con el tiempo terminó aprobándose, si bien desconocemos los frutos pedagógicos y económicos del aparato. Ahora, cacharros más potentes y con menos peso llevan los alumnos al aula, pero en el bolsillo, mientras nuestros maestros, con buen criterio, confiando en su propia experiencia y en la de sus compañeros, aprovechan aquello que les pueda ayudar, venga de donde quiera, aunque continúan históricamente al pie del cañón compartiendo experiencias y reventándose los sesos para sacar provecho de un palillo, a una caja de fósforos o a la chapa de un refresco.

Lo importante del recurso es que ayude a dar el fruto esperado, que le llame la atención al niño, que lo manipule y desarrolle los mecanismos del aprendizaje y de eso sabe mucho el maestro.

Joaquín Nieto Reguera

Retrografías



La Flor Isleña

Entre los libros que componen mi biblioteca hay dos que llaman la atención por su pequeño formato. Están encuadrados en piel, y tienen los lomos nervados. Para que el lector se haga una idea de su tamaño, piense en un cromó de cuatro centímetros por seis de alto, porque eso es lo que contienen: una colección de 84 cromos coleccionables de Banderas, editada en los años cincuenta y que venían como obsequio en el interior de las cajetillas de cigarrillos CUMBRE. Estas cigarettes cards fueron muy populares a mediados del siglo XX y abarcaron temas de lo más variopinto: Actores, actrices, atletas, aeroplanos, automóviles, fauna, flora, etc... Alguien completó la colección y mandó a encuadrarla. A costa de su salud, supongo.

Pero dejemos a un lado las suposiciones y todo lo que el humo del tabaco conlleva y centrémonos en la marca: CUMBRE, ¿no le dice nada? Si vive en Las Palmas de Gran Canaria seguro que ha paseado más de una vez bajo la sombra del precioso edificio donde estuvo esta antigua fábrica de tabacos. Se encuentra situado en la calle Luis Antúnez, esquina Pi y Margall, en el barrio de Alcaravaneras. Este inmueble, o lo que queda de él, es uno de los más relevantes del patrimonio industrial de la capital. Los más mayores sin duda lo conocerán. Yo reparé en él hace tan solo unos años.



Cuando llamó mi atención, el edificio ya había sido derribado en su mayor parte para construir aparcamientos y locales. Una lástima. Tan solo quedó en pie la preciosa fachada, diseñada por el arquitecto racionalista Miguel Martín Fernández de la Torre en

1922, y las dependencias donde estuvieron los despachos y oficinas de la tabaquera. Admiren las vidrieras. Son una maravilla.



Santiago Gutiérrez Martín fue un importante tabaquero grancanario, pionero de esta industria en la isla de Gran Canaria. En 1905 abrió una pequeña fábrica de cigarrillos que llamó La flor Isleña. Los primeros años fueron difíciles, pero gracias a su esfuerzo logró exportar sus productos a Sudamérica, con gran aceptación en países como Uruguay y Argentina. Pronto modernizó y mecanizó su fábrica para poder hacer frente a la demanda. En 1922, Santiago Gutiérrez levantó este edificio que contaba con una superficie de 1.269 metros cuadrados. En Arenales, una de las zonas de expansión de la ciudad. Contaba con un patio central cubierto y dos alturas. En 1937 decide bajar la producción de cigarrillos puros y centra la producción en la fabricación de cigarrillos, para lo cual crea la marca Cumbre.

Es fácil imaginar el ajeteo en esas estancias de la primera planta, ahora mudas y vacías. El que escribe ha tenido acceso al edificio. Lo único que queda es la invulnerable caja de caudales, que según delata el dial, fue fabricada en Barcelona.

También sobreviven los pisos hidráulicos. Poco más.

Siempre podremos cerrar los ojos y recurrir a la imaginación. Entonces podremos ver los escritorios de caoba, las máquinas de escribir, los tinteros, los archivadores, los enormes libros de contabilidad y el perchero junto a la escalera para los abrigos y sombreros de los empleados. Oiremos el ajeteo que viene de la fábrica, en la planta de abajo. Notaremos el tacto suave y cálido de la brillante barandilla de madera, mientras descendemos la escalera. Y nos embriagaremos con el aromático olor de la hoja de tabaco, que lo impregna todo. Una bonita forma de engañar a nuestros sentidos, para recordar lo que fue La Flor Isleña.

Eduardo Reguera

Mi westerly

Yo no tengo un Westerly, ni siquiera tengo otro barco cualquiera. Yo soy un marino de pacotilla, de los que sueñan en seco, navegando por el inmenso mar de fotos de una pantalla, idealizando su futuro a bordo de un

mañana con todas las papeletas para que no toque.

Y mientras no toca, yo busco desde el cielo de mi escritorio en programas asequibles que me permiten volar por el mundo cómplices de mi aventura de boquilla, una isla pacífica, de arena pálida y con laguna de ojos claros, con agua potable y tierra para mis semillas dulces, salvajes y libres. Busco un velerito que sea marinero, con poca esloro pero interiormente amplio, para facilitar mi nueva vida mínima. Busco que pueda cambiarle la jarcia por cabos y la vela por lona, para reconvertirlo en independiente y devolverle su alma sencilla, sin artificios sintéticos y repuestos preobsoletamente fabricados. Lo libraría de las garras del sistema burocrático con una bandera sin colores y sin sinsentidos. Lo ayudaría a huir de individuos con poder y sacacuartos sin “ni una milla húmeda de placer”, expertos en inspecciones técnicas, títulos, permisos y licencias, límites, modelos con número, seguros y banderas con colores y escudos, patrias, fronteras y más documentos. ¡Solo queremos navegar!

Quería que, sobre todo, tuviera poco calado, con una quilla abatible o dos quillas gemelas, para que pudiera entrar en lagunas poco profundas y acercarme a la orilla sin preocuparme de que la marea se fuera a otro sitio sin darle soporte a mi casa. Mi velero descansaría así sobre la arena amable, esperando el regreso de su amante durante seis horas, una vez y siempre. Ahí me perdería de este mundo que no entiendo.

Y buscando sueños en megas encontré mi Westerly en una imagen de otras personas. La escena es tan bonita y estética que podría haber sido una pintura, pero no, es una foto de instante, con su marco blanco alrededor y una frase a bolígrafo: “very very cold water on a very hot day 1966”.

Imagino a Mr. Moore alejándose en su dingui a remos dispuesto a congelar para siempre el instante de orgullo de su familia Westerly con su artilugio Polaroid, sin ni siquiera imaginarse, que cincuenta años más tarde, ese momento sería robado por un marinero “en construcción” para que adornara la puerta de entrada de su artilugio ordenador.

- Hey, mom! Dijiste que te bañarías para la foto...

- No fue buena idea, Adley...¡solo queremos navegar!

Lixber Reguera



Rótulos recuperados

El quiosco "Modelo 5"

En 1902 el Ayuntamiento requirió a los arquitectos municipales una serie de proyectos de quioscos para ser instalados por toda la ciudad.

De entre los proyectos realizados por Laureano Arroyo y Fernando Navarro destacó el que venía marcado como "Modelo 5", de Fernando Navarro, que curiosamente fue el único que llegó a materializarse en un par de quioscos que aún se conservan en un extremo de la Plaza de Hurtado de Mendoza.

He simulado sobre una foto actual el aspecto aproximado que lucían los rótulos pintados sobre las persianas de uno de ellos.



En su origen, dichos quioscos colgaban sobre el Guinguada (como se aprecia en la foto precedente del archivo de la FEDAC) y, aparte de su uso comercial, cumplían con una importante función como punto de reunión social.

Jaime Medina



Poesía



La Mente es como una gran sala a medio barrer.

Dispersas por el suelo, un numero incontable de hojas púrpuras.

Te reto a soplar y sentir el sonido que se origina al desplazarse por la estancia.

A tomar consciencia del movimiento que se produce, con sólo nuestra intención.

Cuando comprendamos que cada pequeño gesto tiene la consistencia del más grande, cambiará nuestro nivel de consciencia. Es entonces cuando la realidad comenzará una mutación palpable, visible, rotunda... más fuerte y real que cualquier palabra invocada al viento o que cualquier golpe de efecto, orquestado y sintético.

Conectando hacia adentro...
Feliz Silencio

Dunia E. Marmus

¡SUSCRÍBETE!
Envíanos tu mail y recibirás **El Heraldo de Vegueta** en tu buzón electrónico.
Suscripciones:
elheraldodevegueta@outlook.com

La esquina de Li



EL HERALDO DE VEGUETA

Han colaborado en este número: Javier Pérez Gosálvez, Samuel Rodríguez Navarro, Belkys Rodríguez Blanco, Alberto Suárez, Joaquín Nieto Reguera, Lixber Reguera, Jaime Medina, Dunia E. Marmus, y Li.

Los textos, fotografías e ilustraciones son propiedad de quien los firma.

elheraldodevegueta@outlook.com